



CAPÍTULO V

Cuéntanse algunas cosas que deben tenerse presentes, y cómo Sancho marchó al castillo de los duques.

Sigue la historia de Sancho, diciendo: Que luego que el duque despachó con la carta y escudos á Tomé Cecial, escribió también al mayordomo, mandándole previniese una ridícula ceremonia para el nuevo consultor, que fuese de buen gusto, porque la duquesa estaba tristísima, y quería se divirtiese, aunque tuviese costo, y que le hiciesen á Sancho una como toga carmesí, para lo que libró sobre una colgadura desechada las varas correspondientes, y de los demás trajes que fuesen necesarios: dió orden asimismo para que se le surtiese de ropas, y que provisto de todo, y con decencia le llevase al pueblo donde lo esperaba: que previniese asimismo de su orden á doña Rodríguez (que estaba en el castillo á tomar aires, por si mejoraba del mal estérico que comunmente padecen las dueñas) festejase á Sancho, y lo cuidase con el mayor esmero, porque no tenía otra persona de quien fiar este encargo: que le avisase de todo cuánto ocurriese, y que fiaba en él para esta diversión de la duquesa.

Amaneció el siguiente día de la huída de don Aniceto, y el Cura pasó á casa de Sancho: pero como éste le vió sin el huésped, le dijo: ¿Y cómo no viene el señor pedeógrafo á repasarne la lección de las cortesías, que se me olvidarán si no? ¡Oh, Sancho amigo! dijo el Cura, el caballero pedeógrafo está muy distante de nosotros, cuando ayer llegamos á casa hallé la novedad de un correo que venía en su busca, para que al instante pasase al puerto de Cádiz á entregarse en un navío que le envían cargado de perlas y coral; por lo que no tuvo más tiempo que para tomar el mismo caballo que traía el correo, tomó la posta, y el que la trajo llevó la malleta en otro caballo que venía á prevención para el viaje: el vuestro al castillo es menester disponerlo luego incontinenti, que es lo que conviene más que todo.

Válame Dios, señor Cura, mi gozo cayó en el pozo, y ¿quién lo hubiera sabido, dijo Sanchicha, para haberle encargado que enviase un negrito, que también vendrán como las perlas? Callad, niña, dijo Teresa, que no dejará de hacerlo sin que se le haya pedido, que aquel señor tenía traza de dar, y en nada era miserable. Todo puede ser, y esperad en Dios que es quien no puede faltar en lo que nos ha ofrecido, dijo el Cura; y pues la diligencia es madre de la buena fortuna, no hay que retardar el empezar con la vuestra á obedecer al duque, que ya sabéis espera á Sancho Panza cuanto antes: Yo os supliré lo que os haga falta, y cuidaré del socorro de vuestra casa, que después me lo pagaréis como vayáis adquiriendo con qué. A tanto beneficio, dijo Sancho, (queriéndose hincar de hinojos) os seré esclavo. No quiero tanto, respondió el Cura; sólo quiero seáis agradecido, y que no olvidéis vuestra obli-

gación: y vuesa merced, señora Teresa, decidle al Bachillér, que vaya en casa de la nieta del hidalgo, que si mal no me acuerdo, me dijo tenía por vender los vestidos que heredó de su abuelo, que cualquiera vendrá pintado á Sancho, porque era de sus mismas carnes y altura, y serán más propios para su empleo, que el que quería daros don Aniceto, estrecho y incómodo de todos modos; pero advertirle que no diga que yo lo he de pagar, porque no los niegue; porque como se fué al otro mundo sin pagarme los derechos del matrimonio de la hija, no juzgue que quiero hacerme prenda de ellos por ser de su padre.

Cuanto vos, señor, dispongáis es bien hecho, ahí están los doscientos escudos á disposición de vuesa merced sin que se haya hecho con ellos otra cosa que contarlos muchas veces, dijo Teresa, y aun cuando algo falte lo pagará Sancho después, que á buena parte va para ello; pero al llegar á ésto dieron á la puerta unos terribles golpes, y saliendo á abrir Teresa, vió era el mozo del correo que traía una carta para el Cura, y no la había dejado en su casa porque su ama le dijo dónde había ido; y que no quería tomarla por si traía algún disgusto que le recibiese de otra mano.

Pero á lo que se entendió no era disgusto el que contenía la carta, porque tomada por el Cura después de pagado su porte que traía señalado, por parte del que la enviaba, y decía, porte medio real, y raya por debajo, estilo común en aquel territorio, para quitar á los estafeteros el trabajo de señalarlo; el mismo Cura de voluntad propia abrió la carta, miró la firma, y viendo que era de otro cura, la leyó á media voz, y decía así:

»Amigo y compañero: Por fin ha resuelto la hermandad celebrar la función de Animas el domingo

»23 del que empieza, y han convidado los mayordomos para predicar á aquel santo religioso, que se perdió el año pasado, para que se desempeñe en éste: para los gastos de comida, refresco y demás se han sacado de las arcas de la hermandad cien ducados, y tienen dispuestos dos juegos de seguidillas de pandero, nuevecitas que llaman del Malbruc, y ha compuesto el hermano Paba, que se bailarán detrás de la ermita después de la rifa: quieren que se convide mucha gente para que haya broma, y se junte limosna, porque este año ha estado malo, malo. La justicia ha convidado al cantor tuerto de habrá dos años, y al sargento inválido para los juegos de manos. El sacristán se ha ofrecido, con el fin de juntar limosna, á hacer la rifa vestido de mujer. Todavía no se han repartido las misas por el poco dinero que hay, y tener al predicador, algunas para el prelado por la licencia y á quien le hace el sermón, que este año es á prueba de bomba, porque tiene que traer en él las tres circunstancias que ocurren en el día, y son, el blanqueo de la iglesia, la campana nueva, y salir aquel día á misa de parida la mayordoma, que es lo que hace al predicador cerdear, para aceptar el sermón. Por parte del beneficiado vienen, como todos los años, la sobrina viuda, y las dos hijas, y el abogado Correa su primo; pero yo no traigo á nadie. La boticaria me ha dicho dé á vuesa merced memorias, y le diga que no le faltarán misas, que ya sabe vuesa merced, etc., con que, amigo, buen ánimo, y venga vuesa merced, nos ayudará en el coro, trayendo á quien quiera á esta su casa, que así lo suplica la cuba chiquita del rincón que le ha llegado su san Martín: hará vuesa merced penitencia, y Dios, sobre todo, que guarde á vuesa merced

»muchos años.—P. D. Envieme vuesa merced con el primero que venga de ahí cuatro cuartos de seda negra fina, y una baraja nueva, que aquí se acaba; y mandar á su amigo don Sebastián.—Amigo y compañero Licenciado Pérez.

¿De quién es esa carta, señor Cura, que á vuesa merced hace reír tanto? dijo Sancho; á que el Cura respondió, es de mi antecesor don Sebastián, que me convida á la función de Animas como todos los años; pero no sé que me haga, porque mi mula no está del todo buena. Si yo tuviera coche, dijo Teresa, se lo daría ahora á vuesa merced y aun por eso, y para servir á mis amigas, le he dicho á Sancho que luego me envíe uno en que poder tenderme. ¿Y qué os dice Sancho? dijo el Cura. Qué ha de decir, que lo dijera á vuesa merced, á lo que el Cura en tono grave respondió: Teresa, Teresa, presto empezáis á pedir cosas que no debéis á vuestro marido: ¡Coche! nada de eso, porque sería empezar por donde debe acabarse: ¿no véis que el coche es un gasto que debe hacerse de lo sobrante, y que sobrantes nunca puede haber en cortos sueldos, mayormente teniendo que mantener familia? El coche es propio para los reyes, y ciertas dignidades mayores, cuyo uso debió inventarse para solo ellos; pero en quien esto no es, parece muy mal el coche: mal haya ellos que han subido con su abundancia el precio de las mulas al pobre labrador, y han causado otros daños domésticos de empobrecer las casas, si hemos de creer á quien se queja de esto, y de haberse establecido como propio y preciso en muchos que no pueden, y se sacrifican á escaseces caseras, por salir ostentosamente en ellos: los hombres de juicio piensan así; y vos, señora Teresa, no teníais ninguno cuando pedisteis coche á vuestro marido sin acordaros de esto.

Dice Cide-Hamete, con aquella verdad que acostumbra en cuanto ha escrito, que luego que el Bachiller Sansón Carrasco ajustó y pagó el vestido íntegramente, por tasación que hizo un perito del oficio, se le puso en la cabeza una cosa que casi parece dura de creer, á no tener el ejemplar de otras que se le pusieron, y quedan referidas en el discurso de esta grande historia; y fué solicitar con el Cura que le llevase Sancho consigo, tanto para escribirle lo que se le ofreciese, porque no lo sabía hacer, cuanto para dirigirle en muchas cosas, que precisamente le habían de ocurrir en su nuevo cargo.

Era el Bachiller Sansón Carrasco, según se ha visto, hombre de medianas luces, picaba en historia, y no ignoraba la política moderna (todo lo cual le hacía tener más satisfacción de sí que la que debiera) y de consiguiente resuelto, determinado, y amigo de seguir sus opiniones y salirse con sus caprichos, lo que previsto por el Cura, como así bien su inclinación á cosas de Corte y aborrecimiento á las de la vida de aldea (aunque con flojedad), le disuadía de este pensamiento, aconsejándole cuidase de su corta hacienda y salud, y no se sujetase por un capricho á una vida extraña, y nada duradera, según su entender; pero como á los hombres que se precian de hábiles es difícil hacerles creer que piensan disparates, aunque el Cura le expuso lo más acertado con razones eficaces, nada consiguió, y como por otra parte sospechaba que la tal consultoría sería casi momentánea, y que Sancho y él volverían muy pronto al pueblo, no quiso empeñarse demasiado, y así ofreció á Sansón diría á Sancho lo que pretendía. Así fué porque habiéndole dicho lo que el Bachiller se interesaba en su acierto y lucimiento, pues se quería ir con él, dejando su patria y

familia por servirle de secretario, cosa en que se echaba bien de ver cuánto la fortuna lo favorecía en esto, pues le ponía á su lado un hombre tan completo como el Bachiller Sansón Carrasco; y como Sancho aspiraba á su permanencia en la gracia del Cura, y por otro lado conocía la imposibilidad de escribir, y gobernarse sin algún consejero continuo, ofreció al Cura sujetarse á lo que sobre esto le mandase. El Cura se lo agradeció, y le previno era conveniente ocultar de todos la sabiduría del Bachiller, así para que sus resoluciones pasasen por de Sancho, como para que aquél estuviera menos notado si lo aconsejaba en lo oculto; y habiéndole dicho el Bachiller que se previniese para acompañar á Sancho, quedaron todos muy contentos en esta parte, y cada uno por la suya haciendo las prevenciones de camino. En los cuatro días siguientes al recibo de la carta del convite del Cura, nada parece que ocurrió que fuese digno de contar, sino que Sancho se ensayaba á solas en hacer cortesías, y andar como le había enseñado su maestro; y hay quien dice le oyó varios discursos que formaba interiormente, los que á veces acompañaba con manoteo y visajes; que Teresa estaba llena de gozo con sus imaginarias vanidades, y que la tenían tal los doscientos escudos; que hasta el rucio con sus jaeces íntegros tenía dispuesto, lavados los cascos, hecha la carona, y peinada la cola, esperando la segunda orden del Cura, que era el director de la marcha; que Sanchica andaba de corro en corro, y de vecindad en vecindad contando las altercaciones de sus padres, sobre si echarían ó no coche, y si se harían dar el tratamiento de V. S. El Bachiller tenía pronto cuanto necesitaba, y hasta el caballo que le sirvió siendo caballero de la blanca luna, estaba como un oro, lim-

pio y aseado: aunque hay autor que afirma que el que llevó fué Rocinante, que se vendió por la sobrina de Don Quijote, y compró para este caso en precio tan corto como su andadura; pero otro lo contradice, asegurando positivamente haber muerto al mes y dos días del fallecimiento de Don Quijote de un hartazo de cebada que se dió en el granero uno de los días que se hacía el inventario, y no pudo digerir por más que le ayudó maese Nicolás. El Cura también dispuso su caminata al lugar en que era convidado, dejando su curato á cargo del teniente, y muy prevenida la casa de Sancho con el residuo de los doscientos escudos de que era tesorero, hecha la rebaja del coste de algunas camisas y otros cabos que también vendió la hidalga; y como tenía su famosa mula, aunque indispuesta levemente de un mal de ojo arraigado, no le impidió para que la montase como lo hizo, saliendo con Sancho, el Bachiller y un mozo de á pie al quinto día por la mañana todos juntos, y cada uno para su determinado destino.

No es posible, dice expresamente Benengeli, creer fuesen verdad las lágrimas que se dijeron haber vertido Teresa por la marcha de su marido, ni menos las que derramó Sanchica por la ausencia de su padre, porque si verdad fueron las que dicen que derramaron cuando los fueron á despedir al camino, no sé yo cómo hubieran podido caminar las calbaldaduras sin atascarse en ellas con los barros, que según la abundancia se harían precisamente; y después de esta bien fundada duda exclama, y dice: Ya, fortuna, has puesto en el tablero de las piezas con que juegas con los hombres al gran Sancho Panza, que sacas de un rincón de él y lo pones en una de las principales casas de España, con un car-

go honroso, distinguido, y de la mayor consideración, para hacer un papel que ha determinado tu absoluto poderío: trátalo bien, no lo eleves para despeñarlo después, porque si así lo haces, te tendrán por loca y te mirarán con miedo.

Iba el rucio enjaezado con los mismos arreos que llevó al gobierno baratarío, y le quedaron á su amo, y éste iba vestido con el comprado á la hidalga, pliegue y manga ancha, boton regular, y corte muy contrario al que presentó don Aniceto: una hora habrían caminado, cuando el Cura dijo: pareceme, Sancho, que estoy soñando, ó me están contando alguna novela extraña: poco tiempo há os ví infelizmente vestido con las ropas campestras, á poco os miré con un vestido marcial y de última moda, lleno de estrecheces é incomodidades, ahora os veo con ese proporcionado á que el cuerpo tenga sin estorbos sus movimientos, y propio de un hombre de juicio y de razón, como dicen comúnmente: ¿qué es esto? ¿quién no extrañará cómo en tan poco tiempo puede haber tanta variación? cuando se estableció, ó se estiló este presente vestido, se reformó otra corte sin duda, y para esto los hombres que cuidan en el mundo de esta comisión harían los exámenes correspondientes á tanta y tan costosa variación, porque ya es sabido en éste y todos tiempos, que una moda que empieza hace quedar desnudos á los que se vistieron con la reformada; pues, señor, ¿qué nuevo motivo, qué nueva causa habría en los cortesanos para innovación tan del todo, y tan de oculta comodidad, que no pudo ser penetrada por nuestros mayores? Esto miro sin saber cómo ha sido: por otra parte os veo un hombre sin mérito conocido, que lleváis de secretario al que lo adquirió donde lo adquieren los grandes hombres, esto es, en

una famosa Universidad, á costa de sudores y estudios, en que logró el título de Bachiller, y que vos sin estudios ni fatigas habéis logrado el de consultor ducal; que os servís de un Caballero del Bosque, y ex de los Espejos, cuyos actos militares y caballerescos despreció la suerte: pensemos en esta variación de cosas que admiran y suspenden y parecen como imposibles que sucedan sino por encantamiento. A esto saltó Sancho con viveza, ¿qué bueno sería, señor Cura, que aquí hubiese algo de esto, y cuando menos me cate me halle convertido en carne momia, como le sucedió al maestro Elisabet, á quien dicen hizo este daño el sabio Merlin, que también encantó á la señora Aldonza Lorenzo, mi señora Dulcinea del Toboso? No burlemos, señor Sancho, dijo el Cura, y vamos hablando con verdad y pulso: ¿por dónde encantó á la señora Dulcinea el sabio Merlin, cuando vos injustamente fuisteis su encantador, convirtiendo en una tosca labradora, hedienda á ajos, según vuestro amo dijo muchas veces, á la sin par princesa tobosina, de la antigua alcurnia de los Corchuelos? ¿Esta acción no clama, y siempre clamará pidiendo justa venganza? Vos sois verdaderamente oculto encantador, á lo que yo infero, y plegue á Dios que como tal no hayáis encantado á los duques, para que os favorezcan y distingán. Yo tengo muy presente que vuestro amo Don Quijote dudaba haber sido el sabio Merlin el verdadero encantador de Dulcinea, en que nunca le hizo agravio, y no era regular que sin causa le hubiese hecho este tan pesado. Esta duda fué bastante para no desafiarlo por cartel, ó sin él á batalla, conociendo con su gran prudencia, que para acumular delitos á otros es menester estar seguros de ellos, con pruebas muy completas.

Nada, señor, dijo el Bachiller, se puede responder á este argumento aquilino, innegable en todas sus partes. Es clarísimo indicio la omisión del señor Alonso Quijano en el desafío, siendo tan valiente y esforzado caballero; y más que habiendo resucitado motu proprio la olvidada caballería andante, no había de dejar pasar este tuerto y desaguisado de primer orden, de los que por la caballería se deben desfacen, como hecho á una mujer inocente, y asaz famosa, la sin par Dulcinea del Toboso. A esta expresión del Bachiller, dijo Sancho, vaya, vaya, señor Carrasco, que ni vuesa merced ni el señor Cura están en el caso. No desafié mi señor al sabio Merlin, porque no faltó quien le dijo era impropio de un caballero andante tomar armas contra un anciano, tan viejo que casi no se podía mover; á más de ser público estaba quebrado, y por lo mismo no podía montar á caballo, de cuyo modo había de combatirse según la orden caballeresca; y fuera de esta justa causa tuvo en parte la culpa el señor Cura, pues predicó un día en la Iglesia, y oyó mi señor esta doctrina: «Es menester perdonar al enemigo, y aun »hacerle bien, y amarlo como Dios quiere y manda »que se haga: en este caso es de mayor venganza »castigar con beneficios á quien nos agravio con injurias, que quitarle la vida, que de todos modos no »es permitido, ni Dios lo manda.»

Verdad es, dijo el Cura, que así lo dije, y siempre diré y aconsejaré: vuestro amo fué muy politicón, y era justo y muy puesto en razón, así por lo predicado por mí como por su caballeresco modo de pensar, no desairar, ni injuriar las largas y nevadas barbas de Merlin, y estas urbanidades sólo los profesores de la caballería las saben, estando los demás muy lejos de conocerlas. Quijano obró siempre bien á uso de caballero, y debió haber disimulado este

encanto por lo antes dicho; pero dejemos esta conversación de ellos, que hemos empezado á pisar el campo cebollar, donde es antigua tradición vienen los hechiceros á hacer sus operaciones, no sea que nos oigan y hagan alguna superchería con nosotros.

Verdad es, dijo el Bachiller, que se alcanzan á ver los humos de las fábricas de tinajas del Toboso, que tienen la virtud de convertir el agua en vino, como la tuvieron los de Caná en aquellas bodas que allí hubo, y nos dice el Evangelio. Así es, dijo el Cura, y mejor fuera se les secara esa virtud á esos barros de la Mancha, ¿creeréis, Bachiller, que casi escrupulizo en el altar sobre el vino que me ponen, porque sé bien lo que hacen con él para sacarle el color que quieren? El campeche para el ojo de gallo y el esparto para el otro es materia usadísima en sus tinajas, y como sólo el vino, sólo y sin mezcla es el que debe usarse: creo que muchas veces hacen estas dispensas, que debieran celarse para que no trajesen las consecuencias que se producen de tales delitos: por ellos, y por el exceso con que este fruto se usa debe tenerse presente para una rigurosa reforma, que piden á gritos los fatales ejemplares que se han experimentado y experimentan cada día.

A este tiempo alcanzaron el mozo de á pie, que se había sentado á esperarles, porque les llevaba un buen tiro de bala de ventaja, y encarándose con Sancho, le dijo con socarronería: señor Consultor, la magnífica ciudad del Toboso tenemos á la vista, y es menester saludarla, y sacando la bota, después de los ordinarios cumplimientos de beba su merced, en buena mano está, pasará á mejor, y la salutación de á muerte ó á vida la costura arriba, remojaron los gaznates, y prosiguiendo su conversación, siguieron su camino alegres y amigablemente en buena paz sin el menor desmán.



CAPITULO VI

Dase cuenta de lo que pasó en la venta, y como encontró Sancho al mayordomo que le salía al encuentro.

Tan divertidos iban nuestros caminantes, que cuando menos se cataron se hallaron en la venta que tiene aquel camino, y habiendo querido el Cura que se detuviesen á tomar algún refrigerio, lo estorbó el Bachiller, queriendo se pasase adelante; y como sobre ello se porfiase en la puerta, la curiosidad movió á tres caminantes que había dentro, á que saliesen á ver lo que era. Tomó la averiguación un hombre de bastante decencia, que viendo la clase de sujetos, los saludó con la mayor cortesía, ofreciéndoles cuanto allí había que les pudiese agradar; y aunque el Cura se resistió á admitir la oferta, el de la venta porfió una y otra vez, y consiguió se apeasen de sus cabalgaduras, y les acompañasen en la mesa, que él y sus compañeros tenían puesta en su cuarto. Ya sea que el Cura quisiese que el Bachiller y Sancho comiesen algo y descansasen, ó ya fuese por no ser más porfiado en la persuasión de don Federico (que así se llamaba el de la venta) admitió el convite, y apeados, entraron al corral. El ventero, que como

antiguo en el territorio, conocía al Cura, le preguntó quién era Sancho, asegurándole haberle visto otras veces, aunque en distinto traje; no haciendo mención del Bachiller, porque varias veces lo había visto en su lugar. Este, dijo el Cura en voz alta, es el señor Sancho Panza, que va á tomar posesión de este encargo, en que se halla nombrado poco hace por un señor duque: yo le vengo acompañando hasta el pueblo primero, y el señor Bachiller Sanson Carrasco va de su secretario, desde allí seguirán su camino, porque yo me quedo en él por unos días.

Luego que don Federico oyó nombrar á Sancho, y el duque, como había leído la historia de Don Quijote, se impuso en que el duque y la duquesa por seguir su humor festivo habían dado nombramiento de consultor suyo á Sancho Panza, y avisó á sus dos compañeros llamados don Antonio y don Pedro, hombres de juicio y prudencia; pero no se dice de donde eran naturales.

Al punto que Sancho saltó del rucio, se fué con don Federico, á quien don Pedro y don Antonio salieron á recibir, y entraron juntos en el cuarto. Iba Sancho afanadísimo con su vestido, de modo que se conocía lo poco que lo había usado, y como llevaba un sombrero de marca mayor, le achicaba más el cuerpo y la cara, porque á la verdad es conveniente que corresponda á ella el sombrero para no ridiculizarse, por cuya razón hacía el señor consultor la figura más extraña.

Don Federico que había hecho el convite, rompió la voz, diciendo: señor don Sancho, aunque V. S. estará hecho á otro aparato de mesa, y á otras ceremonias de ella, distintas de las que V. S. en esta verá, su gran discreción suplirá lo que faltase, y distinguiendo tiempos concordará casos. Caballero

mío, dijo Sancho, como no tenga las ceremonias que usaba cierto médico que había en una Insula, en donde por mal de mis pecados fuí gobernador, todo estará bueno: vuesa merced nos ha convidado con su mesa por hacernos favor, de la manera que para sí la tiene dispuesta, nosotros la hemos admitido, con que es visto la tomaremos como esté: que tenga ó no ceremonias no hace al caso; haya que comer, que esto y no las ceremonias sustentan al hombre. Dice bien su señoría, dijo don Antonio, y si todos los señores fueran como V. S. llanos y contentadizos á lo natural, poco fruto sacarían los muchos holgazanes que á título de hacer mil pataratas en la mesa, y colocar platos en ella, roban á sus amos, amén de los crecidos salarios que por ello tienen, de modo, que por obstar el lujo han hecho oficio el poner una mesa; pero lo peor es, que los mismos que nos roban, se burlan de nuestra bondad ó sandez. Qué cierto es caballero, dijo el Cura, que vivimos engañados de ellos mismos, y con los ojos cerrados á la razón, y que murmuran otros nuestra extravagancia, diciendo, que nosotros respecto de ellos vivimos un siglo atrasado; pero qué hemos de remediar si así está el mundo, y en él se oye hoy con agrado lo que antes se tendría por agravio y desvergüenza: no ha mucho que el señor Panza tuvo un maestro de movimientos, que le enseñó la Pedeografía que actualmente se estila. ¿Qué le enseñó, señor Cura? preguntó don Pedro. La Pedeografía de última moda, respondió el Cura. Háganos vuesa merced el gusto por Dios de explicarnos qué cosa es, porque yo á lo menos no he oído tal en mi vida. Yo, señor, lo diré, dijo Sancho: es andar con pies derechos, rodillas iguales, y sacar bien las posaderas, como dicen, al hacer la cortesía, tener la cabeza er-

guida, y otras muchas cosas, que sin verlas no pueden explicarse. Yo las hago, porque no se me han olvidado las lecciones que me dió el maestro. Pues, señor, replicó don Federico, aunque es demasiada llaneza, suplico á V. S. por mí, y por estos caballeros se sirva hacernos el honor de ejecutar un par de evoluciones pedeográficas, lo que espero conseguir por su gran bondad, y porque el campo todo lo dispensa. Si haré, dijo Sancho, que basta que se me pida con tan buen modo, y no sólo esto haré, sino hasta rodar por esos suelos, porque á mí la cortesía siempre me ha obligado. ¡Oh! invicto señor, dijo don Antonio, llano, sencillo y amable, como deben ser todos los señores: viva, viva la urbanidad del señor don Sancho: viva repitieron todos á una, y animándose Sancho, como hacen todos con las aclamaciones ó adulaciones, entró gustoso en hacer un ridículo espectáculo para el auditorio: empezó por el paso puntil, esto es, andando de puntillas, levantada la cabeza, sacado el pecho, y derechas las rodillas, con las puntas de los pies tan horizontales (así se llama esta violenta postura) que á pocos pasos; al querer hacer la cortesía de parada delante de don Federico, sacó tan violentamente su trasero que cayó, de modo, que si no le detiene, cae sobre un banco que allí estaba inmediato, y se rompe la cabeza su señoría.

Basta, dijo don Pedro, que ya está entendido el pensamiento de la obra, ella es un paso de minuet veloz, y un sacar de trasero precipitado al parar, y hacer la cortesía. Mas tiene, dijo el Bachiller, tiene dos balances antes de hacerla, y después del último paso de parada.

Dos escopetazos había yo de dar, si fuera lícito, dijo don Federico, á cada monigote español, que se

hace ridículo con esos ademanes propios de un mono, ó de un arlequín: ¡que se consienta esta infamia, y no haya quien tome un palo para perseguir á esos monicongos, deshonor de nuestra nación, cuyo carácter es grave, pero sin fastidio! ¿Y qué, señor Cura, hay con efecto maestro de estas piruetas? Si señor, dijo el Cura. Yo lo creo, porque vuesa merced lo dice, respondió don Federico: vamos, vamos, señores, á comer, que me ha irritado semejante disolución: Dios nos conserve el juicio para no caer en tan ruines pensamientos, que afrentan y desacreditan nuestra circunspección nacional.

Sentáronse todos á la mesa, y no paró en ella la conversación de la nueva maestría, y escuela pedeográfica. Concluída que fué la comida, dándose gracias unos á otros, nuestros caminantes mandaron disponer sus cabalgaduras para seguir su camino, y los de la venta hicieron lo mismo. El Cura les ofreció su casa, por pasar precisamente por su pueblo, que no admitieron; y volviéndose á despedir el Bachiller y Sancho, salieron delante, quedándose el Cura ocupado en componer una espuela que se le había roto.

En este tiempo pidió don Federico la cuenta del gasto al ventero, que según después se supo era el famoso Patricio conocido en toda la comarca por su aseo y limpieza de todos modos; pero no conviniendo en el cuánto con sus huéspedes, empezaron las voces y porfías. El Cura, como tan inmediato, entró en la venta para saber la causa de las voces de don Federico y don Antonio que alternaban con los votos, y porvidas de Patricio. Informóle aquél procedían del exceso de pedirles el ventero un despropósito, cuando no se le había hecho más gasto que el de los piensos de caballerías en que no había dispu-

ta, sino en lo que llaman ruido y asistencia; que él quería darle lo mismo que el año antecedente le había dado en igual caso por los mismos compañeros, y que el Patricio no se conformaba, alegando para doblar la partida, haberle subido la venta el ayuntamiento del pueblo, su dueño, otro tanto más por aquel año, haberle llevado el escribano por la escritura triplicados derechos, y recargado éste y los alcaldes las que dicen adealas de pluma, que eran cuatro pavos para cada alcalde, y dos con seis gallinas para el escribano. No sabía el Cura, conociendo la formalidad de Patricio, y la razón de don Federico, á quién se inclinaria, y confesando el perjuicio que recibían los caminantes en estas alteraciones, opuestas á la conciencia, declaró por Patricio la disputa, llamándole á parte, y sin que don Federico lo notase le pagó la diferencia que era de dos tercios más de lo que le daban, con cuyo medio cesaron las disputas, y todos salieron de la venta ponderando este perjuicio público que impide el comercio de comestibles de unos pueblos á otros, por digno de enmienda y de castigo á los causadores de semejantes daños, cuyas operaciones en esta parte no están en residencia; y picando el Cura su mula hasta alcanzar al Bachiller y Sancho, lo consiguió en breve, y contó el motivo que fué origen de su detención y tardanza; á lo que Sancho dijo, que si en su encargo le caía causa de semejante clase, procuraría inclinar al duque á que pusiese precio fijo en estos arrendamientos por lo respectivo á las ventas y mesones de sus estados, prohibiendo las adealas, que suelen por aumentarlas los que administran bajar el principal al dueño; en lo que quedaron acordes, y caminaron gustosos hasta una aldea donde hicieron noche, y madrugando la mañana siguiente conti-

nuaron juntos hasta que se dividió en dos el camino que llevaban, y, vueltos á hacerse recíprocos encargos de escribirse, se despidieron, tomando Sancho y el Bachiller un camino y el Cura otro.

Gran rato caminaron Sancho y el Bachiller sin hablarse palabra; porque uno y otro iban enfascados con diferentes imaginaciones: el Bachiller se erguía de fácil en su determinación, no teniéndolas todas consigo, y temiendo que la tal consultoría de Sancho podía parar en burlas, porque se le venían á la memoria las que á él y á Don Quijote se le habían hecho en el castillo; pero el buen Panza pensaba distintamente; y pareciendo á éste mucho el silencio, dijo: Señor Bachiller, mi amigo y secretario, ¿qué tristeza es esa que os noto? ¿voy yo alegre dejándome mi mujer y hija, y vos, que no tenéis hijos ni mujer que dejar, estáis tan melancólico? Bueno es eso para quien espera en vos el alivio de sus infortunios, si es que los puede haber en este mi nuevo estado.

En esto iban de su conversación familiar, cuando se oyó muy cercano á ellos unos tiros de escopeta, y habiendo subido una cuestecita vieron un cazador que se iba acercando á ellos, y era el mayordomo del duque que venía divirtiéndose matando pajarillos; quien ó ya fuese porque conoció al rucio, ó por otra casualidad, que no dijo aunque se le preguntó muchas veces, comprendió que era Sancho el que iba hacia él, y acabó de confirmar porque el asno aclaró la duda que de esto podía tener, no tanto con la vista de sus arreos, cuanto porque rebuznó de falsete, que así hacen todos cuando conocen el terreno donde antes han estado, en cuya inteligencia parece que estaba instruído como se vió: pues, dijo al criado que traía, estos que vienen son los que espe-

ro, y es el consultor del amo si no me mienten las señas, adelántate y mírale, pues lo conoces, hizolo así, siguiendo el mayordomo, que casi allí llegó al mismo tiempo.

Muchas fueron las expresiones de gozo y alegría que manifestó al ver á Sancho, á quien dijo con palabras muy claras cuánto debía á sus altezas sus amos por el cuidado con que le habían mandado su buen acogimiento y hospedaje en el castillo, y las grandes prevenciones que se le hacían para que recibiese la investidura de su oficio, etc. Sancho respondió agradecido, no solo al mayordomo por el gozo que manifestaba, sino por anticiparle aquella noticia, (que á la verdad consoló mucho al bachiller Carrasco) y que viviría siempre el más reconocido á SS. AA., á quienes deseaba servir y agradar, aunque conocía en su pequeñez el desempeño de su oferta; pero que fiaba en Dios le ayudaría, y también en el mayordomo, que le advertiría las faltas á que están sujetos los hombres todos. El mayordomo despachó el mozo que traía para conducirle los arreos de caza al castillo con la noticia de estar ya en la jurisdicción de él el famoso Sancho Panza; y á más separadamente recado á doña Rodríguez, para que se previniese á obedecer el mandato de los duques en todo como habían quedado convenidos, y por menor le había instruído de ceremonias en el recibimiento.

CAPÍTULO VII

En que se cuenta la llegada de Sancho al castillo, el ridiculo recibimiento que se le hizo, los admirables blasones que allí vió, y tierna despedida de la dueña doña Rodríguez.

Sigue la historia el exactísimo Cide-Hamete con mejor puntualidad que ha tenido en lo que de ella nos dejó escrito: porque desde aquí manifiesta exactamente un por menor de cosas sucedidas, que deben perpetuarse en la memoria manchega. Dice, que luego que llegó al castillo el criado despachado por el mayordomo con la noticia de estar cerca de él Sancho Panza, dió punto toda la familia en sus encargos domésticos, y sólo se pensó en fiesta y regocijo. Entró casi á media tarde en el castillo acompañado del mayordomo, del bachiller Sansón Carrasco, y seguido de muchas gentes que casualmente supieron la venida. No obstante de que había suficiente luz para que subiesen la escalera, dispuso doña Rodríguez, encargada del cortejo de Sancho de orden de los duques, que cuatro mozos en traje de pajes saliesen con hachas hasta el portalón á conducirlo: iban formados de dos en dos y presidía esta comunidad la dueña doña Rodríguez, que como